



SONU SHAMDASANI

JUNG

Y LA CREACIÓN
DE LA PSICOLOGÍA
MODERNA

ATALANTA

Tinga



fermentario





MEMORIA MUNDI

ATALANTA

I 24



www.elboomeran.com/

SONU SHAMDASANI

**JUNG
Y LA CREACIÓN
DE LA PSICOLOGÍA
MODERNA
EL SUEÑO DE UNA CIENCIA**

**TRADUCCIÓN
FERNANDO BORRAJO**



ATALANTA
2018

www.elboomeran.com/

En cubierta: Carl Gustav Jung (Bettmann / Getty Images)

En guardas: *Fermentatio. Rosarium Philosophorum*,
manuscrito ilustrado del siglo XVI

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento
de esta obra.

Todos los derechos reservados.

Título original: *Jung and the Making of Modern
Psychology: The Dream of a Science*

© Sonu Shamdasani, 2003

© De la traducción: Fernando Borrajo

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34

atalantaweb.com

ISBN: 978-84-949054-0-7

Depósito Legal: GI 1326-2018

Índice

Agradecimientos

17

Abreviaturas

21

Prólogo

«El diletante más denostado»

23

El advenimiento de la nueva psicología

27

Jung sin Freud

39

La psicología compleja

41

La nueva enciclopedia

47

La obra incompleta de Jung

54

Cubismo histórico

59

Capítulo 1

El individuo y lo universal

63

La ecuación personal: de la astronomía a la psicología

65

Los dos papas: James y Wundt	67
¿Ciencias humanas, culturales e históricas?	76
Psicología individual	81
Psicología diferencial	85
Hacerse psiquiatra	87
Discrepancias sobre las asociaciones	89
Reacciones críticas	92
La ecuación personal en el psicoanálisis	96
Jung y James	107
Mentalidades fundamentales	112
«Nuestro laboratorio es el mundo»	115
La Escuela de Zúrich	120
El diálogo de los tipos	123
La intuición de Moltzer	126
El problema de la relatividad de la psicología	128
La teoría de las actitudes	131
¿Cisma en la escuela junguiana?	141

¿Psicología crítica o caracterología?	144
La psicología y la cuestión de la ciencia	151

Capítulo 2

Noche y día

Culturas oníricas	169
La filosofía del dormir	175
El lenguaje oculto del alma	181
Sueños diagnósticos	185
Sueños y locura	188
La psicologización de los sueños	190
Simbolismo y asociacionismo	195
De los sueños a lo inconsciente	199
Cuénteme sus sueños	201
Los sueños en la investigación psíquica y en la psicología subliminal	205
De la India al planeta Marte	210
La interpretación de los sueños	213

Una carrera onírica	216
La psicología de la locura	219
Sueños, mitos e inconsciente colectivo	225
El problema de los sueños	229
La prueba está en los sueños	247
Sueños de niños	253
Los sueños y la raza	254
La multiplicidad de los sueños	257

Capítulo 3

Cuerpo y alma

	261
Genealogías de lo inconsciente	263
La filosofía de lo inconsciente	268
Kant	269
Schelling	273
Schopenhauer	276
Carus	278
Von Hartmann	280

Alma y vida	286
Entelequia	289
La cuestión de la memoria	291
Memoria ancestral	292
Los engramas de Semon	304
El enigma de los instintos	306
El animal enfermo: los instintos nietzscheanos	308
Los instintos de la psicología	311
La educación psicológica de Jung	315
Energía y fatiga	322
Las energías de los hombres	325
Interés	329
La evolución creadora	331
Freud, Jung y la libido	335
La criptomnesia y la historia de la raza	340
Libido, <i>hormé</i> , <i>élan vital</i>	360
Energética primitiva	366

Lo inconsciente filogenético de Jung	368
El instinto y lo inconsciente	381
La energía del alma	386
Instinto, cristianismo y animales	394
Los instintos y la autonomía de la psicología	400
Los arquetipos en los animales	404
La esencia de lo psíquico	407
Patologías de la modernidad	413
Replanteamientos biológicos	415
Energía y holismo	422

Capítulo 4

Lo antiguo en lo moderno

El nacimiento de las ciencias humanas	427
Pensamientos elementales	429
Antropología evolucionista	431
Franz Boas	435
Etnopsicología	439

La psicología de las masas	447
La imitación	448
La psicología colectiva	449
Le Bon	450
Baldwin	453
Representaciones colectivas	454
La mentalidad primitiva	458
<i>Mana</i>	463
Maniqués y <i>churingas</i>	466
La historia del pensamiento	468
Lo individual y lo colectivo	477
Jung y Bastian	488
¿Herencia racial o categorías de la imaginación?	490
Participación mística	494
Un psicólogo suelto	497
Nuevo México	499
África	505

Primitivos y modernos

507

Jung entre los antropólogos

515

La psicología de lo político

529

De la psicología compleja a la escuela junguiana

539

La preparación para el final

545

Notas

551

Bibliografía

598

Índice onomástico

641

**Jung y la creación
de la psicología moderna**

El sueño de una ciencia

Para Maggie

Agradecimientos

Debo dar las gracias a mi compañera Maggie Baron por contribuir en todo momento a la concepción de este libro.

El volumen forma parte de una serie de proyectos en común con Mikkel Borch-Jacobsen. Nuestro diálogo ha ido enriqueciendo el texto a cada paso y ha influido en mi pensamiento hasta tal punto que soy incapaz de expresar cuánto le debo.

Gracias a esas conversaciones comencé a comprender el significado y las posibilidades que ofrece la historia de la psicología, así como la historia de Jung como disciplina por derecho propio.

Examinando el primer estudio legible de la obra de Freud, elaborado por Peter Swales, vislumbré la opción de hacer algo semejante con Jung.

En conversaciones con Ernst Falzeder, aprendí a investigar la historia oculta del psicoanálisis.

A Angela Graf-Nold le debo el esclarecimiento del entorno psiquiátrico en el que vivió Jung, así como el apoyo humano que me prestó durante mis investigaciones en Suiza.

Este trabajo se ha visto enriquecido considerablemente por las charlas que he mantenido con Vincent Barras, John Beebe, Jacqueline Carroy, Jerry Donat, Jacques Gasser, Wolfgang Giegerich, Brett Kahr, Paul Kugler, Ruth Leys, Enrique Pardo, Jay Sherry, Richard Skues, Anthony Stadlen, Fernando Vidal y Michael Whan.

Desde 1988 hasta su muerte en 1995, Michael Fordham fue un inestimable estímulo para mi trabajo gracias a su interés por mis avances, sus acertadas sugerencias, el recuerdo de sus relaciones con Jung y su vinculación con el mundo de la psicología analítica desde la década de 1930. La lista de preguntas que me habría gustado hacerle no cesa de aumentar.

Desde entonces, Ximena Roelli de Angulo ha participado de manera similar en el desarrollo de mis investigaciones y me ha ofrecido un apoyo incondicional en todo momento. Como observadora racional y escéptica, ha aportado valiosísimos recuerdos del círculo de Jung y de sus miembros desde la década de 1920.

Por su hospitalidad, conocimiento y generosa ayuda, estoy agradecido a Rudolf Conne, Lilianne Flournoy, Olivier Flournoy, Christian Hartnibrigg, Joseph Henderson, Hélène Hoerni-Jung, Ulrich Hoerni, el difunto Franz Jung, Peter Jung, Pierre Keller, la difunta Doris Straüli-Keller, Tom Kirsch, Nomi Kluger-Nash, Peter Riklin, Leonhard Schlegel, Georg Trüb y Ursula Trüb.

Andreas Jung, el difunto Franz Jung y Peter Jung tuvieron la cortesía de permitirme consultar la biblioteca de Jung en diversas ocasiones.

Al comienzo de mis investigaciones, Doris Albrecht y William McGuire me prestaron su inestimable ayuda. James Hillman me animó a escribir durante las primeras fases y me presentó a Jerry Donat, quien me convenció para realizar una tesis en el Instituto Wellcome de Historia de la Medicina.

No habría terminado la tesis de no ser por el estímulo y el apoyo de Bill Bynum, a quien debo muchas sugerencias de capital importancia. Quisiera mostrar mi agradecimiento a Mark Micale y al difunto Roy Porter por su ayuda y sus comentarios sobre mi tesis, así como a Chris Lawrence por sus conocimientos de historia de la medicina. El Instituto Wellcome de Historia de la Medicina, rebautizado ahora como Fundación Wellcome Trust de Historia de la Medicina, en el UCL, fue un magnífico entorno de trabajo que, como por ósmosis, ha modelado la estructura de esta obra. Me gustaría extender mi gratitud a todos los colegas con quienes colaboré allí a lo largo de los años.

Este libro ha sido posible gracias al patrocinio de la Fundación Wellcome entre 1993 y 1998, del Institut für Grenzgebiete der Psychologie entre 1998 y 1999, y de la Fundación Solon entre 1998 y 2001. Me gustaría expresar mi agradecimiento a Eberhard Bauer, al difunto Yaltah Menuhin y a Harald Walach por su colaboración. Quisiera dar las gracias por las becas adicionales a los siguientes organismos: el Instituto C. G. Jung de Nueva York, la Fundación Van Waveren y la Fundación Oswald, así como a Olivier Bernier, Alan Jones, Beverley Zabriskie y Philip Zabriskie por su apoyo personal.

Por su asistencia en la publicación de esta obra, doy las gracias a Anna Champion, Bianca Lepori, George Makari y Michael Neve.

Por su ayuda con las transcripciones, estoy en deuda con Ernst Falzeder y Katerina Rowold.

Por el permiso para citar los manuscritos inéditos y la correspondencia de Jung, deseo expresar mi gratitud a la Niedieck Linder AG y a la Erbegemeinschaft C. G. Jung.

Mi agradecimiento a Sarah Caro, mi editora de Cambridge University Press, por el entusiasmo con que acom-

tió este proyecto y por supervisar el texto durante el proceso de edición.

Numerosas personas han hecho comentarios sobre el manuscrito en su conjunto o sobre una parte. Además de mejorar el texto sustancialmente, me han ayudado a comprender el significado del libro: Mikkel Borch-Jacobsen, Ximena Roelli de Angulo, Ernst Falzeder, George Makari, Michael Neve, David Oswald, John Peck, Richard Skues, Eugene Taylor y Fernando Vidal. Mía es la responsabilidad por las opiniones vertidas a lo largo del texto.

Abreviaturas

- CFJ Sigmund Freud y Carl Gustav Jung, *Correspondencia*, ed. de William McGuire y Wolfgang Sauerländer, trad. de Alfredo Guéra Miralles, Trotta, Madrid, 2012.
- CLM Biblioteca de Medicina Countway, Harvard Medical School, Boston.
- CMAC Archivos Médicos Contemporáneos, Biblioteca Wellcome Trust para la Historia de la Medicina, Londres.
- CMS Jung/Jaffé, *Recuerdos, sueños, pensamientos*, manuscrito editorial, Biblioteca de Medicina Countway, Harvard Medical School, Boston. Original en inglés.
- CW *The Collected Works of C. G. Jung*, ed. de William McGuire, Herbert Read, Michael Fordham y Gerhard Adler, trad. de R. F. C. Hull, 21 vols., Bollingen Series XX, Nueva York, Princeton y Londres, 1953-1983.
- ETH Wissenschaftshistorische Sammlungen, Eidgenössische Technische Hochschule (Colección de Historia de la Ciencia, Escuela Politécnica Federal), Zúrich.

- JP Documentos de Jung.
- LC Biblioteca del Congreso de Washington.
- Letters*
[Cartas] C. G. Jung *Letters*, selección y ed. de Gerhard Adler en colaboración con Aniela Jaffé, trad. al inglés de R. F. C. Hull, 2 vols., Bollingen Series, Princeton University Press, Princeton, y Routledge, Londres, 1973, 1975.
- MP Protocolos de las entrevistas de Aniela Jaffé con Jung para *Recuerdos, sueños, pensamientos*, Biblioteca del Congreso de Washington. Original en alemán.
- MZP Actas de la Sociedad Psicoanalítica de Zúrich. Original en alemán.
- OC C. G. Jung, *Obra completa*, 18 vols., Trotta, Madrid, 1999-2016.*
- OCF Sigmund Freud, *Obras completas*, 9 tomos, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, Madrid, 1997.
- Recuerdos* C. G. Jung (1963), *Recuerdos, sueños, pensamientos*, ed. de Aniela Jaffé, trad. de M.^a Rosa Borràs, Seix Barral, Barcelona, 2001.
- SFC Sigmund Freud Copyrights, Wivenhoe.

* La referencia completa de los 18 vols. se detalla en la Bibliografía, págs. 639-640. (*N. del E.*)

Prólogo

«El diletante más denostado»

No me convertáis en una leyenda.

C. G. Jung, 1930¹

Ocultista, científico, profeta, charlatán, filósofo, racista, gurú, antisemita, feminista, misógino, apóstata freudiano, gnóstico, posmoderno, polígamo, sanador, poeta, estafador, psiquiatra, antipsiquiatra... ¿Qué no habrán llamado a Carl Gustav Jung? Basta con mencionarle su nombre a alguien para oír alguna de estas palabras, pues todo el mundo –con razón o sin ella– tiene una opinión sobre Jung. La rapidez en contestar indica que la gente juzga su vida y su obra como si fueran de dominio público. Pero la proliferación de «jungs» nos lleva a preguntarnos si todos hablan de la misma persona.

En 1952, a propósito de los calificativos de teísta, ateo, místico y materialista que había merecido, Jung escribió: «Cuando las opiniones sobre un objeto divergen tanto, tenemos razones para sospechar que ninguna de ellas es correcta, es decir, que se trata de un malentendido». ² Al cabo de casi cincuenta años, el número de opiniones e interpretaciones se ha multiplicado de manera prodigiosa. Jung sigue suscitando mitos, leyendas, fantasías y ficciones. Las burlas,

distorsiones y caricaturas son la norma. Y este proceso no tiene visos de remitir.

Desde joven, Jung fue objeto de numerosos rumores. En 1916 le escribió a su amigo y colega Alphonse Maeder:

En cuanto a los rumores sobre mi persona, puedo decirte que estuve casado seis años con una estudiante rusa (ref. Dr. Ulrich); que, haciéndome pasar por el doctor Frank, recomendé a una mujer que se divorciara de inmediato (ref. Frau E-Hing); que hace dos años destruí el matrimonio Rüff-Franck; que recientemente dejé embarazada a la señora McCormick, me deshice del niño y recibí un millón por ello (ref. Dr. F. & Dr. M. en Z.); que me dedico a internar a hermosas jovencitas en la casa del Club para satisfacer las necesidades homosexuales de la señora McCormick; que envió a sus chicos al hotel, obteniendo pingües beneficios por ello; que soy un judío calvo (ref. Dr. Stier en Rapperswyl); que tengo una aventura con la señora Oczaret y me he vuelto loco (ref. Dr. M. en Z.); que soy un timador (ref. Dr. St. en Z.), y que, además, el doctor Picht es mi ayudante. ¿Qué hacer en estos casos? ¿Cómo debería actuar para acabar con estos rumores? Te agradezco tus consejos. ¡Malos auspicios para el psicoanálisis, como verás! No hay que acometer empresas tan poco atractivas en solitario, a menos que se quiera salir escaldado.³

Tras décadas de creación de estos mitos, hay una pregunta que se oye cada vez con más frecuencia: ¿quién era Jung?

En cierta ocasión, cuando le preguntaron quién era, Miles Davis respondió que había cambiado el curso de la música varias veces a lo largo de su vida (1990, pág. 371). De Jung podría decirse algo similar. Como psiquiatra, desempeñó un papel fundamental en la concepción moderna de la esquizofrenia y postuló que las psicosis tenían un

origen psicológico y, por tanto, se podían tratar mediante la psicoterapia. Durante su relación con Freud, Jung fue el principal artífice del movimiento psicoanalítico e inauguró el ritual del psicoanálisis didáctico, que se convirtió en la forma dominante de instrucción en la psicoterapia moderna. La división que estableció entre introvertidos y extravertidos, con numerosas subcategorías, ha propiciado innumerables investigaciones. Sus ideas sobre la importancia imperecedera de los mitos hicieron posible el resurgir de lo mítico. Su interés por el pensamiento oriental dio lugar a la orientalización poscolonial de Occidente. Decidido a conciliar la ciencia con la religión a través de la psicología, su obra no dejó de levantar polémica. Junto a la disciplina profesional de la psicología junguiana, así como a los institutos, sociedades, clubes y asociaciones que siguen llevando su nombre, hay una enorme contracultura que lo considera un auténtico pionero, y la influencia de su obra en la cultura occidental del siglo xx tiene más importancia de la que se le quiere dar.

La obra de Freud y Jung ha calado hondo en la opinión pública. El nombre de ambos es lo primero que les viene a la cabeza a muchas personas cuando se habla de psicología. Se han erigido en imágenes icónicas del «psicólogo». Sus nombres son paradigmáticos de la psicología. Al igual que las muñecas rusas, ocultan en su interior numerosas figuras olvidadas. Representan arraigados debates de la historia intelectual europea y transformaciones de las sociedades occidentales desde finales del siglo xix hasta el presente. La plétora de opiniones que se atribuyen a Freud y a Jung, tomadas en conjunto, abarcarían casi todo el espectro del pensamiento moderno.

La figura de Jung se sitúa en los puntos de contacto entre la psicología académica, la psiquiatría, la psicoterapia, la psi-

cología popular y las psicologías de la «Nueva Era». El auge de estas disciplinas y movimientos constituyó uno de los avances más relevantes de la sociedad occidental durante el siglo xx. Tal vez sea su legado más característico. La psicología y la psicoterapia modernas se forjaron en un contexto de gran agitación en la cultura y el pensamiento occidentales, que a la sazón estaban muy entrelazados. De ahí que su reconstrucción sea un elemento esencial para comprender el desarrollo de las sociedades occidentales modernas y entender nuestro presente.

Desde los pabellones psiquiátricos hasta los púlpitos, desde los paraninfos universitarios hasta los programas de entrevistas, desde los tribunales hasta los tabloides, desde las aulas hasta las prisiones, la psicología está hoy firmemente asentada. Ha promovido profundas transformaciones tanto en la vida civil como en la percepción íntima que los individuos tienen de sí mismos. Cuando una parte tan extensa de la realidad social y del «sentido común» se impregna de psicología, las ideas psicológicas se naturalizan y adoptan el aspecto de certidumbres inmediatas e indubitables. Se han convertido en los criterios con los que se juzga a los individuos de otras épocas y sociedades. Un relato histórico de esos cambios sin precedentes resulta esencial para situarse a una distancia reflexiva con respecto a la implantación de la psicología en la vida contemporánea.

Hacia 1938, el propio Jung dijo lo siguiente sobre el impacto social de la psicología: «Un incesante e ilimitado debate sobre la psicología ha inundado el mundo durante los últimos veinte años, pero aún no ha mejorado visiblemente las perspectivas y las actitudes psicológicas».4 Tanto profanos como científicos estaban «perplejos ante la exuberante abundancia de puntos de vista teóricos, y ante aquel laberinto de proposiciones desequilibradas» (*ibid.*). La historia

de la psicología tal vez sea una forma de entrar y salir en ese laberinto de perplejidad.

El advenimiento de la nueva psicología

Hay que ser absolutamente moderno.

Arthur Rimbaud, *Una temporada en el infierno* (1873)

«Últimamente parece que todo el mundo publica una Psicología», escribió William James en 1893 a su amigo y colega Théodore Flournoy.⁵ Proliferaban manuales, principios, resúmenes, introducciones, compendios y almanaques de psicología. Se crearon periódicos, laboratorios, cátedras, cursos, sociedades, asociaciones e institutos de psicología. Se convocó a una multitud de testigos para interrogarlos: el Loco, el Primitivo, el Genio, el Degenerado, el Imbécil, el Médium, el Niño y, cómo no, la Rata Blanca. Nuevos personajes hicieron su aparición en la escena social: el Esquizofrénico, el Narcisista, el Maníaco-Depresivo, el Anal Retentivo, el Oral Sádico y todos los «vertidos»: el Invertido, el Perverso, el Introvertido y el Extravertido. Pero ¿qué denotaba toda esa ebullición?

A finales del siglo XIX, muchas figuras occidentales intentaron establecer una psicología científica independiente de la filosofía, la teología, la biología, la antropología, la literatura, la medicina y la neurología, haciéndose cargo al mismo tiempo de sus objetos de estudio tradicionales. La propia existencia de la psicología dependía de la hábil gestión de esos entrecruzamientos de disciplinas. La mayor parte de las cuestiones que abordaron los psicólogos ya habían sido planteadas y analizadas por esas ciencias. Tenían que arrebatar a otros especialistas sus objetos de estudio. Al

convertirse en una ciencia, cabía esperar que la psicología resolviera problemas que habían desconcertado a los pensadores durante siglos, y que el imperio de la ley universal reemplazara a la superstición, la sabiduría popular y la especulación metafísica.

En 1892, Flournoy ocupó una cátedra de psicología en la Universidad de Ginebra, la primera como ciencia independiente de la filosofía. En 1896, reflexionando sobre la importancia de este hecho, Flournoy afirmó:

El Gobierno de Ginebra ha reconocido de manera implícita (quizá sin saberlo) la existencia de la psicología como ciencia individual e independiente de cualquier sistema filosófico, con igual derecho que la física, la botánica o la astronomía. [...] Damos así por completado históricamente, con la misma autoridad y consagración del poder político, el largo proceso gracias al cual el estudio del alma poco a poco se desgajó, a su manera, del tronco común de la filosofía y se constituyó en ciencia positiva. Hasta qué punto la psicología contemporánea hace justicia a esta declaración de la mayoría y ha conseguido liberarse realmente de toda tutela metafísica, ésa es ya otra cuestión. Pues en este caso, como en cualquier otro, los ideales no deben confundirse con la realidad. (1896, pág. 1.)

El presente estudio se desarrolla en el ámbito de la aseveración final de Flournoy. Los partidarios de la nueva psicología proponían una ruptura radical con todas las formas anteriores del conocimiento humano. La psicología moderna implicaba nada menos que el perfeccionamiento definitivo y el acto más decisivo de la revolución científica. Ello no sólo daba forma a su retórica, sino también a su propósito y finalidad. Tanto si se alcanzó ese objetivo como si no, esta concepción de una ruptura absoluta con el

pasado se tornó un elemento vital con relación al concepto que de sí mismos tenían los psicólogos y al estilo de sus obras.

La festiva afirmación de Flournoy expresa un sentimiento muy extendido entre los psicólogos de la década de 1890. En 1892, William James escribió a propósito del «progreso» de la psicología:

Cuando hablamos de la «psicología como ciencia natural» no deberíamos suponer que nos referimos a una psicología con un fundamento sólido. Queremos decir justo lo contrario; aludimos a una psicología especialmente frágil y en la que el agua de la crítica metafísica se filtra por todas las juntas. [...] resulta en verdad extraño que la gente hable del triunfo de «la Nueva Psicología» y que se escriban «historias de la psicología» cuando en los elementos y fuerzas reales que abarca esa palabra no hay ni un atisbo de claridad. Es una sucesión de hechos aislados, un poco de cotilleo y discusión acerca de ciertas opiniones, una pequeña clasificación y generalización en el plano meramente descriptivo; es la idea preconcebida de que tenemos estados de ánimo y de que nuestro cerebro los condiciona, pero no hay ni una sola ley como las que nos enseña la física, ni una sola proposición de la que resulte causalmente una consecuencia. Ni siquiera conocemos los términos que definirían sus leyes elementales, si las tuviéramos. Eso no es ciencia, sino sólo la esperanza de una ciencia. [...] Pero en la actualidad la psicología está en la misma situación de la física anterior a Galileo y las leyes del movimiento, de la química anterior a Lavoisier y la idea de que la masa se conserva en todas las reacciones. Los Galileo y Lavoisier de la psicología serán hombres ilustres cuando lleguen, pues sin duda llegarán algún día. (1892b, pág. 468.)

Es discutible que en las décadas siguientes se produjera semejante progreso –que, en la terminología de Flournoy, disminuyera la distancia entre lo ideal y lo real, o que se estableciera con precisión la separación de la psicología con respecto a la teología, la filosofía, la literatura, la antropología, la biología, la medicina y la neurología– o que la psicología actual esté en mejores condiciones que las descritas por James en la década de 1890 (cotilleos, discusiones, ideas preconcebidas, etcétera). No obstante, la frecuencia con que se comparaba a los psicólogos (o con que éstos se comparaban a sí mismos) con Galileo, Lavoisier y Darwin aumentó drásticamente.⁶

Las afirmaciones de Flournoy y de James indican las perspectivas y los problemas de la «nueva» psicología. Desde el principio, los psicólogos intentaron emular la forma y la formación de ciencias prestigiosas y consolidadas, como la física y la química. Esa emulación –o simulación– adoptó distintas formas. Lo fundamental era la idea de que la psicología debía ser también una disciplina unitaria. Pero, muy pronto, la proliferación de diferentes psicologías demostró que apenas había consenso en cuanto a sus métodos y objetivos.

En 1900, el psicólogo berlinés William Stern profundizó en el estudio de la nueva psicología. Aparte de una tendencia empírica y del uso de métodos experimentales, encontró pocos rasgos comunes. Había muchos laboratorios con investigadores que examinaban problemas específicos, además de numerosos manuales, pero todos se caracterizaban por su particularismo. Stern dijo que el mapa psicológico de entonces era tan accidentado y pintoresco como el de Alemania en la época de los pequeños estados, y que los psicólogos

a menudo hablan idiomas distintos, y los retratos que hacen de la psique tienen trazos y colores tan diversos que con fre-

cuencia cuesta reconocer la identidad del objeto representado. (1900b, pág. 415.)

La psicología se enfrentaba a un maremágnum de cuestiones fundamentales sin resolver. Stern concluyó: «Hay muchas nuevas psicologías, pero aún no hay una psicología nueva» (*ibid.*). La desunión de la psicología aumentaba de manera exponencial con el paso de los años. ¿Cómo describiría Stern la situación actual?

La profusión de definiciones antagónicas de la psicología era tal que en 1905 el psicólogo francés Alfred Binet estableció una tipología (1905, pág. 175). La diversidad de psicologías ya se había convertido en motivo de reflexión para los propios psicólogos. Binet sostenía que la multiplicidad de definiciones que se habían propuesto demostraba su insuficiencia. El único elemento en común que presentaban las distintas definiciones era que todas designaban con el mismo nombre lo que parecía ser un nuevo campo de estudio, la psicología. Tal multiplicidad de definiciones también entrañaba la correspondiente multiplicidad de opiniones sobre por qué la psicología era una ciencia. En definitiva, el único denominador común era la suposición general de que en el campo de la psicología eran los propios psicólogos quienes debían determinar los criterios adecuados para establecer el carácter científico de su disciplina.

El evidente divorcio entre la desunión de la psicología y su posible condición de ciencia unitaria condujo a un intento de rectificación mediante el establecimiento de un lenguaje común. Ocurrió durante el Congreso Internacional de Psicología Experimental celebrado en Ginebra en 1909, bajo la presidencia de Flournoy. En la circular introductoria, los organizadores sugirieron que la psicología ya había alcanzado el desarrollo común a todas las ciencias, en

virtud de lo cual era necesario unificar la terminología empleada y los procedimientos técnicos (Claparède [ed.] 1910a, pág. 6). Se dedicó una sesión entera a esta cuestión. El psicólogo suizo Édouard Claparède la inauguró observando que el uso de los términos originaba una gran confusión. Ello se debía en parte a las divergencias relativas a la existencia, naturaleza y origen de procesos particulares. Pero el problema más grave era la ausencia de una nomenclatura precisa. Así pues, muchas discrepancias en teoría doctrinales se redujeron a discrepancias léxicas. Para enmendar esa situación, Claparède y el psicólogo estadounidense James Mark Baldwin hicieron una serie de sugerencias a fin de que los psicólogos acordaran una lengua común estableciendo diversas normas y procedimientos para la adopción de nuevos términos técnicos (págs. 480-481). Como consecuencia, René de Saussure argumentó que ese proceso de unificación conduciría en última instancia a la creación de una lengua internacional. Una variante de ésta ya estaba presente, sin embargo, en el esperanto, que tuvo carácter oficial durante el congreso (pág. 484). En la segunda mitad del siglo XIX se crearon numerosas lenguas auxiliares de índole internacional. El esperanto, que había sido desarrollado en 1887 por el ruso Ludwik Lejzer Zamenhof, llamó considerablemente la atención. Auguste Forel, Rudolf Carnap y Bertrand Russell son algunos de los científicos que mostraron más interés. Durante aquellos años surgieron numerosas asociaciones de esperantistas; también se pronunciaron muchas conferencias sobre la nueva lengua y se tradujeron grandes obras de la literatura universal. De Saussure afirmó que el esperanto ejercería de lengua internacional para todas las ciencias y que, en el caso de la psicología, serviría de base para la comparación y la unificación. Enseguida añadió que no auguraba la sustitución de las lenguas individuales, sino simplemente

la creación de un medio complementario de intercomprensión. Con nuestra lengua materna y el esperanto podríamos comunicarnos con todo el mundo. Claparède, Baldwin y De Saussure proponían una reforma de la psicología basada en la modificación de su lenguaje.

Después se produjo un acalorado debate en el que algunos de los congresistas hablaron en esperanto. Las desavenencias fundamentales giraron en torno a cómo lograr la unificación. Aquellas discusiones revelan el profundo convencimiento de que la psicología, en cuanto ciencia, debía funcionar como cualquier otra disciplina. Al igual que la química, había de tener su propia tabla periódica. El proyecto fue un fracaso absoluto. Durante el debate ya se había hecho referencia a la torre de Babel. En vez de la unificación del lenguaje psicológico, lo que se consiguió fue la proliferación de dialectos, jergas e idiolectos. Las relaciones entre las distintas escuelas y tendencias de la psicología pronto se volvieron tan agrias y belicosas que la sola mención de cualquier forma de unificación colaborativa de la terminología, por no hablar de la creciente imposibilidad de la tarea en sí misma, habría resultado ridícula. La vinculación con el esperanto nos permite entrever las esperanzas que se tenían depositadas en la psicología: que se convirtiera en un lenguaje auxiliar internacional y posibilitara un grado de comunicación sin precedentes entre los psicólogos y, en definitiva, entre el público en general. ¿El sueño de una disciplina unitaria, que implicase la colaboración entre psicólogos, era tan utópico como la difusión y adopción del esperanto? La glosolalia y los lenguajes crípticos estaban a la orden del día entre los propios psicólogos.

La singularidad del término *psicología* no debería hacernos creer que esta disciplina se llegó a fundar con éxito en algún momento, o que existe una esencia que abarca las di-

versas definiciones, metodologías, prácticas, cosmovisiones e instituciones que han empleado tal denominación.* Antes bien, todo esto indica la enorme importancia que los psicólogos concedieron al hecho de que los vieran hablando de la misma cosa.⁷ Como señaló Edmund Husserl, «en realidad, la historia de la psicología no es más que la historia de una serie de crisis» (1937, pág. 203). La continua referencia a la psicología en singular, escindida y subdividida en escuelas y tendencias, es un ejemplo de lo que Kurt Danziger ha acertado en llamar «unificación por denominación». Como acabamos de ver, se trataba de lo que Claparède y Baldwin habían propuesto explícitamente de manera programática. Su proyecto fue un fracaso, pero la unificación por denominación desempeñó un papel fundamental en la psicología del siglo XX, aunque no por la defensa del ideal de un significado unívoco y la posibilidad de hacer efectivas la traducción y la comunicación, sino porque encubrió y disimuló la multiplicación de divisiones y enfrentamientos. Aquello era importante tanto en el plano conceptual, con la difusión de términos y expresiones como «aprendizaje estímulo-respuesta» o «lo inconsciente» —a través de los cuales los psicólogos pretendían reducir toda la experiencia humana a un concepto universal—, como en el plano intelectual, para la concepción del propio campo de estudio. Uno de los efectos de esta singular concepción de la psicología, sugiere Danziger, fue el fomento de la profesionalización, dando a entender que aquellas ramificaciones de orientación práctica estaban vinculadas a una disciplina científica, lo que a su vez implicaba que la investigación abstracta tenía relevancia

* En adelante seguiré refiriéndome a la *psicología* con arreglo al uso histórico de los propios actores. Sin embargo, ello no quiere decir que este término presuponga una unidad o esencia.

práctica (1997, págs. 84 y 133). Por otra parte, al poner límites precisos a la disciplina, por muy conflictiva que fuese, la unificación por denominación enmascaraba la anarquía epistemológica que prevalecía en su interior. La creciente fragmentación de la psicología se debía en parte al hecho de que ésta nunca fue una sola «cosa». Antes al contrario, aquel nombre se usaba para designar un conglomerado de diversas prácticas y concepciones correspondientes a distintas especialidades.

Ya en las décadas de 1920 y 1930, algunas figuras perspicaces que habían participado en la fundación de la psicología dijeron albergar serias dudas sobre su progreso. En 1923, Stanley Hall señaló que «los competentes» estaban cada vez más de acuerdo en que la situación de la psicología dejaba mucho que desear y en que la promesa inaugural no se había cumplido. Además, pensaba que las circunstancias probablemente empeorarían (1923, pág. 9).

Nunca ha habido una etapa en la historia de las ciencias (con la posible excepción de la sociología, si es que se la puede llamar ciencia) en la que junto a una gran actividad haya habido tal diversidad de objetivos, tanta tensión entre grupos y semejante desprecio del trabajo de unos por parte de otros (por ejemplo, los psicoanalistas y los introspeccionistas). (*Ibid.*, pág. 477.)

Hall decía que el mundo necesitaba un «Platón psicológico» para cambiar esa situación.

Otro aspecto de la autoconcepción de la psicología como ciencia es su leyenda evolucionista: la creencia axiomática de que –a diferencia de la comprensión de la evolución humana que representa por ejemplo la literatura– la psicología experimenta un proceso de desarrollo. Por consiguiente,

casi todos los expertos piensan que estamos mejor preparados con las teorías de hoy que con las de antaño, gracias a un oscuro proceso de selección natural. Esta leyenda evolucionista, pendiente de ser examinada a fondo, ha conferido un aspecto normativo al uso de los conceptos psicológicos occidentales contemporáneos, y ha desterrado de manera implícita ciertas formas de conocimiento psicológico propias de otras culturas. Por otra parte, la leyenda impide ver con claridad hasta qué punto algunas psicologías llegaron a ser dominantes en virtud de acontecimientos históricos contingentes y de la reescritura de la historia.

Para fundar una psicología científica y para que las psicologías sean formaciones sociales hay que establecer una diferencia entre distintos proyectos teóricos. Las formaciones sociales designan las disciplinas, prácticas y efectos resultantes. Los proyectos concebidos para fundar la psicología desempeñaron un papel importante en su legitimación. Es evidente que las dificultades teóricas que entorpecieron los proyectos psicológicos no impidieron el auge y el «éxito» de las psicologías en cuanto formaciones sociales. Muy al contrario. Tal como señala Nikolas Rose, fue precisamente la falta de homogeneidad y de un paradigma único lo que propició la amplia penetración social de las psicologías, que tuvieron distintas aplicaciones en distintos lugares. Con independencia de los objetivos personales, desde el lavado de cerebro hasta la liberación sexual, siempre había una psicología perfectamente adecuada para cada tarea (1996, pág. 60).

Los problemas que plantea la «aspiración científica» de la psicología no se resuelven, como pretendían algunos, eliminando el título de ciencia y afirmando que la psicología es un arte o una hermenéutica. Lo que cuenta no es la dudosa científicidad de una disciplina concreta, sino la naturaleza de sus prácticas e instituciones. Así pues, en los

estudios científicos actuales observamos que la distinción entre la denominada ciencia y la denominada pseudociencia es cada vez menos problemática. La razón es que cada vez somos más conscientes de que la Ciencia, con inicial mayúscula, no ha existido nunca, o, dicho de otro modo, de que el método científico carece de esencia atemporal.⁸

La importancia del período comprendido entre las décadas de 1870 y 1930 se debe a que las principales formas teóricas y disciplinarias de la psicología y la psicoterapia modernas se establecieron en esa época. Desde entonces, la literatura psicológica, así como la cantidad de psicólogos y consumidores de conocimientos psicológicos, ha sufrido un incremento exponencial. Los psicólogos han sabido encontrar en todo momento nuevos mercados y audiencias para sus conocimientos. La velocidad de propagación de las nuevas psicologías parece ir en aumento. Uno de los títulos más frecuentes de los libros de psicología durante este siglo es «la nueva psicología de...». El que las innovaciones reales concuerden con la desmesurada expansión de las psicologías es ya una cuestión completamente distinta.

Al mismo tiempo, a pesar de ese crecimiento desorbitado, las formas y métodos de las psicologías y las psicoterapias han cambiado muy poco. La experimentación sigue dominando la psicología académica y el diván es todavía la piedra angular del psicoanálisis. En comparación con la psicología actual, hay varias opciones disponibles. Hacer caso omiso de ello resulta cada vez más difícil. Como alternativa, podríamos mostrar verdadero interés, instalarnos en una de las escuelas de psicología ya existentes, adoptar una postura ecléctica o crear una escuela propia. La mayoría de las respuestas a la psicología encajan en una de esas opciones. Sin embargo, hay otra posibilidad, que sería estudiar el proceso mismo de creación de la psicología, pues la propia psicolo-

gía se ha convertido en un fenómeno de la vida contemporánea que requiere una explicación urgente.

Una de las mayores dificultades con que nos encontramos a la hora de evaluar la psicología y la psicoterapia del siglo xx es que su concepto del ser humano ha transformado en parte aquello que pretenden explicar. Sus categorías interpretativas han sido adoptadas por grandes comunidades y subculturas, dando lugar a nuevas formas de vida. Si algo han demostrado la psicología y la psicoterapia del siglo xx, es la maleabilidad de los individuos, que están dispuestos a emplear conceptos psicológicos para juzgar su propia vida (y la de otros), en un juego de reflejos condicionados: un deseo de matar al padre y acostarse con la madre, una psicomauia entre el pecho bueno y el malo, un desfile de personalidades disociadas, una búsqueda de la autorrealización por medio de experiencias cumbre o de contorsiones inverosímiles con los *bula hoops* de lo simbólico, lo imaginario y lo real. Todavía hay pendiente un estudio comparativo de la variedad de esas experiencias psicológicas. Lo que conviene subrayar es que la creación de diferentes escuelas de psicología y psicoterapia, con sus lenguas y dialectos particulares, ha originado archipiélagos de comunidades y subculturas beligerantes. Sea cual fuere el estatus de las entidades, procesos y estructuras que se han propuesto, es evidente que éstos se han convertido en las suposiciones indiscutibles de grupos de individuos cada vez mayores. La «realidad psíquica» es, por excelencia, la realidad inventada.⁹ Esto no implica sino abundar en las observaciones de William James a propósito del estado de trance, cuya «propiedad» más notable era la capacidad de amoldarse a cualquier teoría.¹⁰

Un rasgo distintivo de la psicología y la psicoterapia modernas es su peculiar identidad histórica. El psicoanáli-

sis contemporáneo y la psicología junguiana se remontan a Freud y Jung de una manera que difiere considerablemente de otras disciplinas. Los linajes y las genealogías históricas constituyen valiosos medios de legitimación y autorización para los especialistas actuales, pero esos relatos pasan desapercibidos. El historiador ve con asombro cómo los textos de finales del siglo XIX y principios del XX se trasponen y se trasladan a contextos nuevos, sirviendo de base para prácticas diversas. Al mismo tiempo, los nombres de Freud y Jung se invocan con frecuencia para enmascarar prácticas y concepciones que no guardan ninguna relación inherente o necesaria con su obra. Con el surgimiento de este nuevo escolasticismo, sus nombres se usan para firmar y subrayar una serie interminable de cheques teóricos en blanco.

Jung sin Freud

En la percepción popular, así como en el campo de la historiografía, el nombre de Jung está tan vinculado al de Freud que cuesta pensar en el primero sin el segundo. En la historia de la psiquiatría, la psicología y el psicoanálisis, la psicología de Jung se suele clasificar como una rama del psicoanálisis, como una de las miles de escuelas neopsicoanalíticas.¹¹ Según Henri Ellenberger, aunque se ha escrito mucho sobre la «leyenda freudiana», no hay ninguna «leyenda junguiana» que retrate a Jung como el hereje del psicoanálisis que, al ver sus deficiencias, se separó del maestro y creó su propia escuela basándose en sus «descubrimientos». Las evaluaciones sobre Jung adoptan por lo general este punto de vista y sólo difieren en el motivo por el que abandonó el psicoanálisis: por su caída en desgracia o por su voluntad de retornar a una especie de cordura.

Tinga

www.elboomeran.com/



www.elboomeran.com/
Salmirario



Entre 1870 y 1930 se establecieron las principales escuelas de la psicología moderna, y una de las figuras fundamentales fue sin duda Carl Gustav Jung.

Pero ¿quién es Jung y cómo hay que enfocar su psicología? Desde hace décadas el número de opiniones e interpretaciones sobre él se han multiplicado de manera asombrosa. Su figura produce mitos, leyendas y ficciones, y su obra ha calado tan hondo en diferentes estratos culturales que su nombre es uno de los primeros que acuden a la mente al mencionar la palabra *psicología*.

Este volumen es un libro sobre Jung y sobre el surgimiento y desarrollo de la psicología y las terapias modernas. No concluye nada, pues la psique es inabarcable, pero suscita nuevas preguntas. Basado en fuentes reales y cotejadas, trata las principales cuestiones de la obra de Jung, reconstruye el contexto en el que el autor la elaboró y sitúa su gestación y evolución de forma paralela al desenvolvimiento de las ciencias humanas y naturales.

La psicología está hoy firmemente asentada y se ha convertido en un fenómeno de la vida contemporánea que requiere una explicación urgente. De ahí que reconstruirla mediante un relato histórico resulte esencial para comprender no sólo el desarrollo de las sociedades occidentales modernas, sino también el sustrato en el que descansa nuestro presente.

Sonu Shamdasani (Londres, 1962) es, además de editor, autor y profesor de la University College de Londres, director del Centro de Estudios Psicológicos en esa misma universidad. De sus investigaciones, centradas en la historia de la psicología y en la figura de Jung, cabe destacar la edición facsímil en 2009 del *Libro Rojo*, así como los ensayos *Cult Fictions: C. G. Jung and the Founding of Analytical Psychology* (1998), *Jung Stripped Bare by His Biographers, Even* (2004) y *C. G. Jung: A Biography in Books* (2012).

